

Los Libros

VICTORIANO LILLO. "*En Reposo*". Novela. Nascimento. Santiago de Chile, 1956

Victoriano Lillo (1889) es para mí un escritor curioso e impar. De semejante, es cierto, su espíritu y su obra puede aproximarse a la de Jenaro Prieto y a la de Joaquín Edwards Bello. Periodista como ellos por una parte, por otra es el mismo espíritu curioso de las cosas nuevas y extraordinarias como de las cosas viejas y de las razas exóticas.

Es impar en su deleitosa demora en los objetos de arte, que parecen ser su atmósfera particular y que repercuten inevitable y frecuentemente en sus obras primeras y últimas.

También es impar en el pretencioso psicologismo que caracteriza sus obras y que alcanza una interesante conversión existencial en este último libro.

Entre los escritores de su generación, en su mayoría pasados a la historia, es único por su preocupación psicológica. Pero envuelto en el *pathos* naturalista perverso en que se ahogan los personajes de *Humo en el mar* (1928), *Lepra de oro* (1930) y *La marca* (1938), no alcanza ni la calidad narrativa ni la profundidad de *En reposo* y de algunos —los menos— de sus cuentos allí incluídos.

Positivamente no es *En reposo* una novela psicológica. Es, más bien —¿halagamos al autor? pues parece haber sido ésta su intención— una novela existencial. De un módulo especial, eso sí. Es la

teoría de una edad: la entrada a la senilidad. Hay aquí una visión escabrosa pero exacta del hombre que intenta vivir o revivir una edad que se le ha pasado definitivamente.

Pareciera, por momentos, que en Argandoña, el protagonista de este drama, fueran a encarnar valores positivos. Pero nos desilusiona porque vive engañado en relación a las posibilidades de su existencia herida a la altura de los 55 años.

Para confirmar lo dicho, su drama íntimo se destaca sobre la edad de los jóvenes que despiertan su envidia o su apetito. Ello engendra resentimiento que se pone de evidencia cuando analiza la circunstancia de su edad frente al amor:

“Heme aquí —se decía— a una edad en que el hombre ya no debe hacerse ilusiones respecto al amor, enfrentando a una mujer que, por sus años, debe tenerlas todas. Y enfrentándola con un designio bien determinado, el de hacerse querer para obtenerla. Tales son los términos del problema. Circunstancias a favor, sólo una que puede ser, por la forma en que anula la inteligencia, negativa. Esta circunstancia es mi pasión por ella. La pasión que, según dicen, todo lo alcanza” (página 70).

El escenario —un sanatorio para cardiópatas y otros— está excelentemente descrito y le sirve al novelista para construir barojianamente el vivenciarlo de una generación abigarrada que sufrió agudamente la eclosión del crimen y de la guerra en el mundo de los años 30 de este siglo. Generación que se hizo escéptica en la participación o en la contemplación de las grandes y las pequeñas bufonadas del siglo.

Las mujeres le hacen sentir de varios modos la miseria de su condición, a Argandoña. Pero ella no lo aplasta, sino que parece enriquecer su vida al tiempo que llega a la evidencia existencial de sus posibilidades. Por ello la novela termina de una manera positiva: Argandoña habla con Alejandra que le ha hecho sentir hondamente esta verdad:

“—Le diré entonces que le debo una experiencia vital.

“—¿Cómo así?

“—Que el amor tiene también su tiempo y sazón. Y que mi tiempo ya pasó.

“—¿Lo dice sin rencor?

“—Sin rencor. Adiós, entonces.

—“¡Adiós!” (página 135).

Los cuentos, de muy diversa calidad, juegan entre la fantasía folklórica o hoffmaniana, el esoterismo de Meynring o de Jorge Luis Borges y la truculencia sartriana. Son en general inferiores a su novela.—*Cedomil Goic*.

“MARÍA MAGDALENA”. *R. L. Bruckberger*. Ediciones Ercilla

Nada conocemos del autor como no sea el hecho de que la obra fué terminada de escribir en Winona, Minnesota, para la Pascua de Navidad de 1951, que él es un preste dominico y que su bello libro ha sido traducido del francés al español por Lina Larraín del Campo en la que es tal vez la más acabada y perfecta de sus traducciones. Pocas veces encontrará el lector un libro tan hermoso como éste. Su riqueza de matices psicológicos, su novedad de ángulos históricos jamás antes descubiertos, la hondura de sus interpretaciones, el alto sentido moral en que sus sentencias planean, todo esto hace de la obra de Raymond-Léopold Bruckberger una lectura deliciosa cuyo final se ve venir con pesar y cuyas páginas pueden ser releídas sin fatigas ni aburrimiento. ¡Qué poco sabemos en realidad de la época en que los personajes que rodearon a Cristo vivieron y actuaron! La figura de María Magdalena, hermana de Lázaro y de Marta, aparece ante nuestros ojos revestida de una nueva luz considerablemente más favorable que aquélla en que hasta ahora la habíamos visto. No era ella la cortesana vulgar, simple pecadora que se redime por obra exclusiva de su amor a Cristo. Perteneciente a una de las más nobles y aristocráticas familias de Judea, María Magdalena es una de esas *précieuses* de la época, que imbuídas de la cultura helénica trataban de vivir en una atmósfera de refinamiento intelectual y corporal a imitación de la aristocracia ateniense de los siglos anterior-